

## FALSIFICACIONES DE LA INOCENCIA

**B**AJO el mármol blanco de una enorme lápida, mucho más grande que tú, se consumió tu cuerpo. Tu cuerpo de cinco años.

Nadie llegó a saber qué secreto mal te hizo morir así tan de repente. Sentirte enferma al anochecer y estar ya muerta al alba. Una noche de ansiedad y delirio quedándose en la propia lumbre de tus ojos... Te devoró un fuego de dentro, un fuego inexorable que no cedió a los paños de agua fría sobre la frente, ni al agua de colonia, ni a los rezos, ni a los remedios que prescribió el médico, avisado apresuradamente en mitad de la noche.

Habías pasado todo aquel día al cuidado de Antón, como otras veces.

El abuelo estaba grave y tus padres se marcharon después de comer. Antón se desvivía por ti. Andaba siempre buscándote para jugar. Alto y fuerte, como era, te llevaba a coscoletas a cualquier sitio. Cuando llegásteis aquella temporada a la finca tus padres fueron haciendo confianza en él, porque cuidaba de ti mejor que una niñera. Te llevaba al monte con el ganado muchas tardes, cogía para ti lagartijas verdes que se detenían al sol sobre las tapias encaladas, con él ibas por agua al aljibe subida a horcajadas sobre los cántaros...

Sin embargo hacía un tiempo que no te sentías a gusto con él.

Los primeros días sí, jugabas y te reías sin ninguna inquietud hasta caer rendida por la noche. Después empezaste a notar ciertas actitudes que te desasosegaban. Casi sin saber por qué te fuiste situando ante él como a la defensiva. Aún antes de sospechar de qué había que defenderse.

Una tarde te sorprendió aquella manera de sujetar a la perra entre sus piernas en tanto él reiteraba sus movimientos. Y seguiste jugando con unas



*pedras como si no lo hubieras visto. Pero lo mirabas de soslayo y desde entonces, secretamente, le espiaste aún sin saber qué espiabas.*

*A veces llegabas a rebuir su compañía; pero tu madre te forzaba un poco. Con la enfermedad del abuelo estaban todos en tensión. Podían llegar malas noticias en cualquier momento y se sentía más tranquila, si él te cuidaba.*

*Te aventuraste de nuevo a estar con él; pero lo hacías con el mismo recelo con que navegaría un barco bajo una oculta tormenta.*

*Y sin embargo le empezabas a tomar gusto a aquella inquietud, a aquella incertidumbre que inexplicablemente te iba fascinando. Te fascinaba ya.*

*Así, cuando aquella tarde te subió al piso alto, en donde se guardaba el grano, y se escondió detrás de la puerta para asustarte, supiste que todo aquel juego era falso, tan sólo la cáscara de una verdad oscura. Pero seguiste jugando a temer y desear al mismo tiempo. Aparentabas asustarte de sus sustos y te dejabas conducir a través de todas aquellas habitaciones vacías. Retas mientras tus piecitos resbalaban sobre los innumerables granos de trigo dispersos por el suelo y, de repente, ocurrió que Antón empezó a echarte grano encima con una pala y tú perdías pie en el montón y no podías enderezarte, hasta que rompiste a llorar.*

*Se detuvo entonces él y con una voz dura —¡tan dulce como sabía ser!— te dijo que, si él quisiera podría ahogarte bajo el trigo, o clavarte un cuchillo en el cuello, como le habías visto hacer con un cordero, o echarte al aljibe y cubrir el hueco con la losa...*

*Y luego se quedó callado.*

*En aquel momento empezaste a escuchar como un tronar lejano dentro de tu sangre. Un tronar que nunca antes habías escuchado.*

*Antón bajó la voz, a pesar de que nadie podía oírle:*

*—¡Ven, vamos a ver las palomas!*

*Y le diste la mano.*

*Subísteis por una escalerilla al palomar. Se veía abajo toda la finca.*

*El sol blanqueaba los patios y se hacía trizas contra las tapias, contra los gallineros, contra los corrales, contra los tejados más bajos, contra los arriates de margaritas, contra el brocal del pozo... Un aire grueso apretaba la casa a aquella hora de la siesta como un cristal.*

*La carretera calcinada aparecía desierta.*

*Más allá de los patios se extendían barbechos perforados por el canto de las cigarras, cabezos, ramblias...*



*Sobre ti se escuchaba el zureo de las palomas con un batir desesperado de alas en el aire.*

*Entró en el cuartucho y luego, muy bajito, como en un susurro: —¡Ven, mira lo que tengo aquí!—. Y guardaba algo entre sus manos abuecadas. —¡Ven, mira!— Y acunaba algo aún dentro del bolsillo del pantalón.*

*—¡Un pichón recién nacido!—.*

*Y fuiste. —¿Qué es?—.*

*Y lo cogiste entre sus manitas diminutas, a sabiendas de que no era un pichón. Lo acariciaste templando tus deditos suaves, aquellos deditos tuyos de uñas mordidas en ratos de soledad.*

*—¿Quieres verlo?—.*

*Y asentiste con la cabeza en donde aún quedaban granos de trigo entre el cabello rubio. Habías dicho sí y era mentira. No querías mirarlo. No querías mirarlo después de haber sentido su ardor entre tus manos. No lo hubieras mirado por nada del mundo. Pero lo miraste.*

*—¿Te gusta?—.*

*Y volviste a sacudir la cabeza afirmando. Aunque era también mentira.*

*Y él se quedó allí y tu bajaste solita la escalera. Solita con el peso de tu pecado auestas. Y sola te sentaste bajo el porche mientras mirabas el vuelo indiferente de las palomas. Allí estuviste hasta que vinieron tus padres al atardecer.*

*Te llevaron en brazos a la cama porque tenías fiebre. Tus sienes abraban. Entornaron las maderas de la alcoba y tu madre vino a sentarse junto a ti. Empezabas a quedarte dormida cuando él entró. A los pies de la cama se pasó las horas. Ni siquiera a la madrugada consintió salir de allí. A desvelo achacaron la tensión de su rostro ante cualquier palabra tuya, ante el más mínimo gesto, ante el solo entreabrirse de tus ojos...*

*Consumida por el ardor de la fiebre, callabas. Para nada aludiste a lo de aquella tarde.*

*En la alucinante somnolencia que te invadía a ratos te veías ahogada en la oscuridad del aljibe, o sentías la punta de una hoja helada contra el cuello; te asfixiabas bajo los granos incontables del trigo... Morir, morir...*

*Y así, soñando falsas muertes, te fuiste muriendo de verdad sin atreverte a hablar. Y, por fin, cuando la gran tiniebla se abatió sobre ti y se hizo en torno tuyo el vacío, supiste que morías realmente, y lo supiste porque aquello era una muerte mucho más piadosa.*

